

El escorpión de Samarkanda

La próspera ciudad de Asia central, conocida por el nombre de Samarkanda, muy influyente por las rutas comerciales existentes entre el Imperio Romano y el Hindokuss, vivía atemorizada por una bestia terrible, un escorpión gigante. Muchos fueron los guerreros que intentaron matar al monstruo pero siempre sin éxito. Hasta que sus gentes, cansadas de sufrir continuamente los brutales ataques, decidieron realizar una asamblea en la plaza del pueblo. Todo estaba dispuesto, tomó la palabra el gobernador, Baltazar, un hombre mayor, más bien bajito, moreno y con una enorme barba y bigote negro azabache, sus ropajes eran opulentos y lucía una gran cantidad de oro y joyas.

-Habitantes de Samarkanda, hemos sufrido una maldición, estamos repudiados por los vengativos dioses a los que les disgusta nuestra fortuna. No soportan que los mortales hayamos prosperado tanto, por ello, nos han enviado a esta horrible bestia.

La convocatoria de la asamblea había sido fruto de la desesperación.

-¿Qué podemos hacer?

Dijo el gobernador.

La muchedumbre alborotada no paraba de insultar a los dioses, gritaban, los maldecían. En los rostros de las gentes se podía ver la desesperación. El gobernante volvió a tomar la palabra:

-Tenemos que buscar una solución. Ese monstruo acabará con todos nosotros y pronto nadie querrá pasar por nuestra ciudad, se terminará el comercio, que tantas riquezas nos ha traído. Será nuestra Ruina.

El debate se alargaba, nadie conseguía encontrar una solución. A lo que opinaban unos otros los rebatían. Hasta que al fondo se escuchó una voz que consiguió alzarse por encima del resto. Era Alentio, un mercader griego que se había afincado en la ciudad, un hombre muy dado a las relaciones comerciales y con un gran talento para los negocios; también lucía unas vestimentas muy elegantes pero menos ostentosas que las de Baltazar.

-Escuchad!!!

-En mi último viaje he estado en Cartago y allí conocí a un guerrero.

Esas palabras consiguieron silenciar al gentío. Mientras el mercader hablaba se dirigía hacia la parte de delante de la plaza, donde estaba situado el pulpito desde donde estaba hablando el gobernador. Conforme avanzaba las gentes se iban apartando como si no quisieran interrumpir lo que estaba contando.

-Ese guerrero se llama Itosteles de Eritrea, y es un cazador de demonios.

Al escuchar esas palabras el pueblo se silenció por completo. Apenas se podía escuchar entre susurros las palabras.

-Cazador, demonios

El gobernador también quedó paralizado, balbuceante le dijo a Alentio:

-eeehh..... pero..... ¿un cazador?..... ¿no sé?

A la actitud timorata del gobernante, Alentio respondió de forma segura y convincente:

-Nuestra única oportunidad es la de contratar al cazador

El gobernador permaneció unos segundos callado, pensativo y dijo:

-Que hable el pueblo!!!

Entonces, las gentes antes enmudecidas por las palabras de Alentio, estallaron en una explosión de miedo primero y alegría después. Todos gritaban y se abrazaban, ahora se reflejaba en sus rostros unas miradas esperanzadoras de cierto alivio. El gobernador tomó la palabra nuevamente:

-¿Dónde podemos encontrar a ese cazador?

Alentio contestó:

-Me comentó que estaría de paso en Bujará, allí lo podemos encontrar.

Baltazar cogió la palabra por última vez, con tono autoritario, dijo:

-Pues Alentio, quedas encargado de ir a buscar al cazador y traerlo con premura.

Alentio, aceptó sin más, pues él también creía que aquella sería su ruina, si no le daban caza al monstruo lo antes posible, acabaría con todos.

Alentio partió de inmediato con destino Bujará. Tardó varias lunas en llegar. Cuando lo hizo, buscó apresuradamente a Itosteles y a su aprendiz, pues no había tiempo que perder, el mal que acechaba a Samarkanda era enorme igual que su peligro. Al cabo de unas horas, los halló arreglando la rueda de su carromato, en la herrería del pueblo.

-Buenos días!!! ¿No sé si se acuerda usted de mí?

-Si señor, el mercader que conocí en Cartago.

-¿Qué asuntos les trae por aquí?

-He venido desde Samarkanda para contratar sus servicios.

-Ya sé que son usted y su aprendiz cazadores de demonios.

-Está bien, este no es lugar para tratar estos temas.

Puesto que ya era al mediodía, Itosteles invitó a Alentio a comer.

-Me complace invitarlo a la fonda del pueblo a comer.

Por supuesto Alentio no declinó la invitación.

-Allí podremos hablar tranquilos de ese mal que le perturba.

Terminó de resaltar. Itosteles le pidió al herrero que cuidara de su camello y de su carromato. Los tres se dirigieron a la posada. Se sentaron y fueron amablemente atendidos por la dueña de la fonda. Ya sentados a la mesa, Alentio comenzó a hablar, solo interrumpía su relato cuando iban a ser servidos.

-Estamos convencidos que somos víctimas de un encantamiento, desde hace algún tiempo sufrimos el ataque de un escorpión gigante, muchos han sido los guerreros y mercenarios contratados para darle caza a la bestia, pero todos han fracasado.

A medida que el mercader seguía con su historia también crecía su angustia. El joven aprendiz de cazador egipcio, AmarnaAmsuMiraba con expectación.

-Tranquilo buen hombre, puede usted contar con la orden de los cazadores de demonios.

Esta frase pareció tranquilizar a Alentio. Al término de la comida los tres acordaron reunirse en Samarkandra. Se despidieron, y el mercader salió a toda prisa para ir disponiendo los preparativos de la bienvenida de los cazadores. Itosteles y su aprendiz fueron a recoger a su camello y su carruaje y ponerse rumbo a su nueva misión, la de liberar a los habitantes de Samarkandra de ese mal que los acechaba, pues en eso consistía su juramento, en luchar contra el mal en todas sus formas.

Al cabo de varios días, los cazadores llegaron a Samarkandra. Como era costumbre en Itosteles, buscó un buen refugio donde guarecer su carromato y arsenal y aprovisionar de comida y bebida a su camello. Cuando atravesaron las puertas de la ciudad fueron recibidos entre vítores de alegría. Una comitiva encabezada por el gobernador de la ciudad, Baltazar, salió a su encuentro.

-Bienvenidos a Samarcanda, cazadores. Es un placer y un honor para nosotros recibirlos.

Una vez fueron acogidos se les llevó al palacio de Baltazar. En la sala del trono, Baltazar les ofreció un saco enorme de joyas, piedras preciosas y monedas de oro por matar al escorpión.

-Siempre que exista el mal, en cualquiera que sea su forma, siempre existirá un cazador de demonios para luchar contra ella.

Con estas palabras y haciéndole una reverencia a Baltazar, cogió el saco de monedas y ordenó a su aprendiz que le siguiera.

Itosteles le dijo a su aprendiz:

-Vamos a reconocer el terreno en busca de alguna pista que nos conduzca a la madriguera de la bestia. Pues siempre tendremos ventaja si la sorprendemos en su guarida y no a campo abierto.

-Maestro, ¿cogemos las armas?

-Siempre. Nunca sabemos donde puede estar asechando el mal.

Los dos se dirigieron al carromato para coger las armas y ponerse las armaduras. Debajo de la túnica negra que siempre llevaba, el maestro se colocó una armadura de cuero trenzado. Cogió su espada, dagas, cuchillos, y una enorme lanza. AmarnaAmsu también se colocó una armadura, ésta un poco más pesada que la del maestro, un casco redondo, liso y plateado, acabado en una pequeña punta. Cogió un hacha, típica de los guerreros egipcios y un escudo. A medida que se alejaban de la ciudad se adentraban en el desierto, primero un terreno rocoso, lleno de cuevas, simas, todas ellas de una piedra blanca y luminosa, con muy poca vegetación. Los dos cazadores seguían avanzando con sigilo, bajo sus pies iba cambiando el terreno, de piedras blanquecinas a una fina arena. Ya estaban en el desierto, en lo alto del cielo lucía un sol implacable. De repente el suelo tembló y ante ellos se abrió una grieta, de la que salió un enorme escorpión, era negro como el corazón del infierno y sus ojos rojos como el más vivo de los fuegos, tenía dos colosales pinzas y un mortífero aguijón. Casi al unísono, ambos cazadores hicieron el mismo movimiento, uno dio un salto a la izquierda y el otro a la derecha. Desde el flanco izquierdo el maestro intentó arponear a la bestia con su lanza, pero fue inútil, porque el escorpión se protegió con una de sus pinzas, mientras el aprendiz le lanzó un hachazo a la otra, pero casi ni se inmutó. El maestro gritó:

-Amarna ponte detrás mía, cuando yo le intente picar por la izquierda tú le golpeas por la derecha.

Casi como si les leyera el pensamiento, cuando comenzaron la maniobra, el escorpión se levantó sobre sus patas y lanzó al aire un golpe con sus dos pinzas a la vez, esto hizo que los dos cayeran. El escorpión les intentó herir con su terrible aguijón, con un rápido movimiento giraron sobre la arena para esquivarlo. El maestro se levantó de un salto y pudo hundir la lanza en la pinza derecha, momento que aprovechó Amarna para cortar una de las patas. Se pudo escuchar un alarido aterrador, el ataque lo que hizo fue enfurecer más al monstruo. Itosteles de nuevo le clavó la lanza, esta vez en el costado. El escorpión se retorció de dolor y golpeó al aprendiz, lo tiró al suelo y sin tiempo a reacción le clavó el aguijón en el centro del pecho. Cuando lo retiró brotó por su boca un río de sangre. El maestro lanzó al aire un lamento aterrador:

-Noooooooo!!!!

Itosteles clavó en la arena su lanza, se deslizó y cogió el hacha de Amarna, dio una voltereta y se levantó con la velocidad de un rayo, lanzó el hacha, el escorpión intentó detenerlo con su pinza, se la clavó muy profunda. La bestia estaba sangrando por la herida infligida en el costado, por la lanza de Itosteles, con una pata cortada y con el hacha clavada en la pinza. El grito de Itosteles hizo que retrocediera un poco. De manera decidida desclavó la lanza de la arena, retrocedió unos cuantos pasos, mientras gritaba corrió hacia la bestia, le arrojó la lanza,

hundiéndosela en su negra carne, se levantó sobre sus patas trasera bramando de dolor, Itosteles desenvainó su espada y siguiendo con su carrera se la clavó en el corazón. El grito que se escuchó fue aterrador, la bestia dio pequeños pasos sangrando por sus heridas hasta que cayó al suelo abatida. El maestro hincó su rodilla en la arena, agachó la cabeza y dijo:

-Esta bestia ya no hará más el mal.

Arrancó del corazón del escorpión la espada y la envainó. Desenterró del animal muerto el hacha y le cortó el aguijón. Recogió el cuerpo inerte de su joven aprendiz egipcio y cargó con Amarna y el aguijón de la bestia. Recorrió el camino que le condujo de vuelta a la ciudad. Cuando llegó, los vigías dieron la alarma y abrieron las puertas, todos los habitantes salieron a recibir a los héroes pero antes de que llegaran a donde estaba él, Itosteles les lanzó el aguijón y les gritó:

-Esta es la prueba de que he matado a la bestia, ahora, ayudarme a honrar a mi amigo.

Todo el pueblo se volcó en ayudar al valiente cazador de demonios que le había liberado del mal que les azotaba. En la plaza de la ciudad dispusieron una enorme pila de troncos y sobre ellos un altar donde reposaba el cuerpo de AmarnaAmsu. Las llamas iluminaban la apenada noche, mientras se alejaba, se perdía en la negrura, la silueta de Itosteles que marchaba sobre su carromato.

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales..